

La sombra y la tortuga de Alberto Omar Walls

por

José A. Luján Henríquez

Estimado Alberto, queridos Antonio y Aquiles, señoras y señores, buenas noches:

Fue realmente una satisfacción el reencuentro con Alberto Omar hace poco más de un mes en el Museo Poeta Domingo Rivero y en una tertulia peripatética que tuvo su continuidad en la calle de Triana. Sin nostalgias, casi en un santiamén, recordamos situaciones vividas en el escenario de La Laguna hace ya cuarenta y cinco años, cuando él era secretario-ayudante del rectorado y estudiante de Filosofía y Letras, y que vivíamos con más intensidad en el Paraninfo, en los pasillos, en las conferencias, en el bar de don Salvador, en los recitales del Aula Magna de Filosofía... que en las propias aulas, a pesar de que tratábamos de no faltar a aquellas, a veces mortecinas clases vespertinas.

Aquella tarde en Triana desfilaron nombres y recuerdos y pronto me comentó que a veces vivía muy desconectado de muchas cosas o acontecimientos de las islas. Eso es bueno y eso es malo, le dije. Es bueno porque su parcial aislamiento le da tiempo para crear y escribir la ya dilatada obra en diversos géneros. Y es malo porque a los transeúntes de la amistad nos priva de su entusiasmo, de su mirada y de su palabra oral que siempre circula entre la información cultural, lo creativo y el retruécano de su agudeza verbal. Es decir, que siempre es un placer estar al lado de Alberto.

De aquella conversación surgió la invitación a que estuviera en este lado de la mesa para que le acompañara en la presentación de su última novela *La sombra y la tortuga*. Recuerdo cuando se publicó *La canción de morrocoyo*, en 1972 en aquella época en que éramos felices e indocumentados, nos quedamos desconcertado por el uso atrevido del lenguaje, porque como diría años más tarde, Jorge Rodríguez Padrón, en “La tentación del juego”, entre otras apreciaciones:

«Alberto Omar se decide a traspasar los límites, a salvar fronteras ceñidoras del lenguaje y la estructura novelística».

Desde entonces, algunos compañeros de aula y de pasillo empezaban a explorar la creación literaria, que luego se consolidó en la expresión de los narra-guanches. La evolución de sus autores ha tenido sus altibajos, e incluso sus polémicas como la formal y frontalmente creada a partir de una conferencia en el Casino de Santa Cruz impartida por el propio Jorge Rodríguez Padrón, aparte de las filias, fobias, celotipias, egolatrías y otras enfermedades del alma que animan el cotarro literario y que si nos ponemos

serios empobrecen o enriquecen, según se mire, nuestra vida cultural y es índice de la endeblez de nuestra identidad.

Pero dejemos de lado todo ese anecdotario porque ahora parece que pintan otros tiempos ya que abundan las editoriales, hay especialistas en los géneros novelísticos (novela negra, biográfica, histórica, sentimental... etc.). Y en poesía los títulos han a florado en número hasta lo increíble. La creación cultural en Canarias es copiosa en las múltiples manifestaciones: música, cine, moda, plástica, ensayo...y ya hay quien se queja de la cantidad de actos culturales que se celebran cada tarde en nuestra ciudad. Lo que pasa es que algún día, y ya va siendo hora, habrá que crear en los diversos géneros literarios un canon que supere los espontaneísmos y los intereses de cuadras o de grupos engreídos que haberlos háylos. Esto es asunto de otro momento y de otro debate.

Yo creo, sin ningún tipo de ambages, que por biografía creativa en el último medio siglo de nuestra cultura hay que contar con Alberto Omar con nombre propio: teatro, poesía, premios, narrativa, como acaba de apuntar Antonio Arroyo. Ahora nos pone sobre la mesa esta novela *La sombra y la tortuga* que, en los entresijos que propicia el género recrea una época, un espacio, un ambiente de nuestra historia social y nos aproxima a la interpretación de un siglo de la evolución de la sociedad isleña.

A pesar de que nuestra formación universitaria estuvo centrada en la filología en aquella efervescente etapa del estructuralismo, la posterior dedicación vocacional a la 'cronistía' nos hizo indagar de manera directa en la documentación del Antiguo Régimen, en protocolos notariales, en los hábitos de vida cotidiana, de tal manera que hemos llegado a la conclusión (aunque sea provisional) de que quien no conozca esa larga etapa de los siglos XVII hasta el XIX, se distancia de interpretar los principales fundamentos, o por mejor decir, las claves de nuestro presente socio-histórico.

La sociedad canaria se configura en esa larga etapa. Aunque ahora, en el umbral del siglo XXI, claro, vivimos un periodo de transición en el que lo local y lo global se dan la mano, han roto fronteras, las comunicaciones son distintas, las clases sociales se mezclan (observen la propia monarquía reinante...) y la sociedad se ha vuelto líquida, como dice Zigmunt Baugman.

Alberto Omar ha recreado en esta obra una etapa lejana muy hermosa. Y si es verdad que *El pasado es un país extraño*, como titula una de sus obras el historiador inglés David Lowenthal, el hecho de que se configure en narración le da un atractivo singular. La obra se convierte en realidad verdadera desde el punto de vista de la ficción o del juego que caracteriza la literatura en toda su dimensión.

Antes de entrar en la propia materia de la novela, permítanme que les confiese que aparte del gran atractivo que siempre he sentido por el Renacimiento, en tiempos más recientes me ha interesado ahondar en el Antiguo Régimen casi por la obligación, impuesta por voluntad propia, de escribir la historia del pueblo de mi infancia. Para ello hube de indagar los documentos del Archivo Histórico Provincial, del Diocesano y de otras fuentes parroquiales y civiles. Cada testamento era una fuente informativa para construir y narrar el pasado, que como todo producto histórico no deja de ser una narración. Pero he de confesarles también que tras pasar los días de consulta cuatro o más horas en el AHPLP en la Plaza de Santa Anta, me había quedado imbuido de una realidad lejana en el tiempo de tal manera que cuando salía a la calle, no sólo deslumbrado por el sol sino abstraído mentalmente, no sabía si las palomas tenían rabo o los perros estaban dotados de alas y plumas. Tal era el grado de entusiasmo que se había acumulado en mi mente.

Si digo esto es para trazar un paralelismo con esta obra ya que la lectura de *La sombra y la tortuga* me ha llevado a una experiencia similar. Pasan las páginas y cada capítulo nos deja inmersos en un mundo propio de espacios, tiempo, personajes, estilos de vida. Al ser una obra que alcanza las 508 páginas, y por circunstancias diversas vividas en las dos últimas semanas, he tenido la oportunidad de leerla en varios sitios: Aquí en Las Palmas, en La Laguna, en el avión entre islas... y cada vez la zambullida era más hermosa, más atractiva. Y ustedes dirán por qué.

Pues bien. Un texto se explica por sí mismo. No tiene nadie que venir a decirnos ni a contarnos sus valores. Pero ha querido Alberto que yo lo haga y que cuente mis impresiones de lectura. Y a ello vamos.

Casi por deformación profesional, entro con el humilde procedimiento del ya ex profesor de Secundaria, tratando de explicar con método, para dejarnos de impresionismos insignificantes, las características de esta novela, atrayente desde su propio título. Si partimos de los elementos esenciales de todo artefacto narrativo nos encontramos con los siguientes: narrador; acción o anécdota; espacio; tiempo; personajes; punto de vista; estilo y, ya a nivel de interpretación personal, su significado en nuestra tradición cultural.

Tal vez sean muchos epígrafes, pero de cada uno de ellos, y p'or cortesía a todos ustedes que están de escuchantes, solo expondré una pincelada para destacar y justificar sus valores y su significado en el interior de la obra. En síntesis apresurada, la anécdota consiste en lo siguiente:

Un personaje - narrador que se llama Liberto, que sobrepasa los cien años (como afirma en las páginas 305 y 507), nos cuenta la vida de una familia burguesa,

acomodada, de la que él forma parte en calidad de sirviente/esclavo, y que se desarrolla en una ciudad isleña en fechas que según la nota inicial podría situarse entre 1670 y 1765 (a caballo pues entre los siglos XVII y XVIII).

La historia está contada en primera persona. Es un narrador testigo de los hechos en los que él participa como personaje por lo que la obra no deja de ser una biografía. Desde la atalaya de sus años, Liberto echa la mirada atrás y a través del recurso de la memoria escribe el texto. El narrador se presenta como un personaje de múltiples saberes y con formación humanística y que a sus cien años hace gala de la fijación de los hechos en su mente. Dice, al final de su escritura (página 506):

«Aquellos experimentos de aprendizaje continuo me permitieron ejercitar durante años el instrumento básico recordador de la existencia, la subjetiva memoria. Sin ella no hay vida. La vida es la memoria».

Con esa facultad reconstruye su vida en formato narrativo desde la atalaya que le da el haber estado inserto en el mismo seno de una familia burguesa que vive en una ciudad que se llama La Laguna.

La casona familiar, los esclavos y sirvientes, el convento de las Catalinas, los puertos de Santa Cruz y Garachico... la isla de Canaria. Son datos que enmarcan la acción, espacios locales, isleños, inmediatos. Pero también la obra ofrece otros variados escenarios que enriquecen la perspectiva de sus páginas con el rasgo del cosmopolitismo, el intercambio de culturas y el mestizaje de las islas en el marco del mercantilismo que se lleva a cabo en la época. Hay referencias a espacios internos de la Isla, sin entrar en minuciosa descripción paisajística de los mismos y de otros que rodean lo que es la historia de nuestro archipiélago: Sevilla, Inglaterra, Países Bajos, Europa y el Caribe, la isla de Cuba, La Habana, Berbería, la ciudad de Fes, Senegal, e incluso la isla de San Borondón.

Llegados a este punto, podríamos hacernos una primera pregunta ¿es una novela histórica? Yo no lo creo con rotundidad. Además no viene a cuento ni es necesaria condicionarla con esta clasificación. Está ambientada o extrae en cierta medida lo que podríamos denominar el espíritu de una época.

Todo texto debe explicarse por sí mismo. Y los referentes externos son otra cosa. Ya lo dice Ramón Trujillo en su luminosa obra *Principios de semántica textual*:

«Los textos son propios, constituyen una propia realidad; la referencia externa es una necesidad del lector, de sus limitaciones o ambiciones culturales».

Otra cosa es que el autor se haya imbuido del espíritu de una época para montar su trama. Pero aquí no hay una historia real documentada, sacada de personajes que fueron reales de nuestra historia conocida, como pudieran ser Viera y Clavijo, el obispo Murga o Juan Francisco Guillén, Nava y Grimón... para novelarlos o relatar sus avatares biográficos. Y los que en algún momento aparecen son meras referencias culturales que no condicionan la estructura ni el contenido del texto.

Alberto Omar con esta obra nos abre una ventana al pasado y sitúa una acción y personajes en un ambiente o en la vida de una familia burguesa en una ciudad isleña que en la novela se denomina La Laguna y que nosotros conocemos. Pero ello no quiere decir que un lector de Cuenca, de La Habana o de Buenos Aires necesite conocer el espacio concreto para mejor moverse por el interior de la obra. No es una obra regionalista ni costumbrista, sino que hay que enmarcarla en una producción de la cultura hispana, sin limitaciones espaciales

La novela tiene su espacio propio, sus personajes ideados por un autor, su anécdota, su tiempo interno, y una estructura propia. Todo ello está contado por un narrador, en primera persona, que como testigo directo le da un mayor verismo al texto. Una cosa es el verismo, la apariencia de verdad, y otra es la llama verdad histórica o ajuste a unos hechos o personajes documentados. Por ello, tenemos, pues, una vez más, que distinguir los géneros para no caer en la confusión. Todos los elementos narrativos que están en esta novela son autónomos por sí mismos y no busquemos identificaciones que no vienen al caso. No es historia novelada de la manera que son, por ejemplo, los *Episodios* galdosianos, con referencias explícitas a hechos acaecidos y constatados en la gran historia de España.

Si los que acabo de indicar son los escenarios, no menos plurales son los personajes. Unos primarios y otros secundarios. Creo que esencialmente es una novela de personajes. Y me interesa observar la evolución de los mismos en el proceso narrativo, porque ellos no son solo los portadores de la acción sino del destino personal y del significado social de esta obra.

Los personajes o actantes están ordenados en dualidades. Una primera dualidad está constituida por el bloque culto / popular; burguesía / trabajadores o pueblo llano:

«Hubo días en la casa que entre sirvientes y jornaleros más los proveedores las entradas y salidas llegaron a más de cincuenta personas».

Y en el núcleo de la familia burguesa están las siguientes dualidades que se constituyen en dinamizadores básicos de la acción en tanto entre los mismos se crean las tensiones narrativas con notable significación. Las tensiones narrativas (he llegado a contar unas ochenta) son las que le ofrecen dinamismo y ritmo creciente a la obra y

despierta de manera constante el interés y la curiosidad del lector por el desarrollo de la anécdota, que, a manera que avanza, crea un universo propio.

Hernando / Liberto: dos caracteres diferentes, consciente cada uno de su estatus, pero dependientes en grado sumo el uno del otro.

Hernando es libertino, aventurero, vividor, enamorado, mujeriego, un casquivano que quiere exprimir la vida. En la página 195 dice el narrador:

«Estoy seguro que, en su caso, era la pasión de vivir la que lo colocaba tan cerca de los seres divinos».

O cuando afirma (página 198):

«Hernando tenía en su condición mucho de arriesgado, humoroso, divertido, tunante y pleno gozador de la vida. Sus fechorías eran un continuo empeño de provocar de frente a la vida».

En cambio, Liberto, la sombra cuidadora de Hernando por mandato de sus padres, es prudente, espiritual, inteligente, sumiso. Sin padre conocido, y atribuido como hijo a la cocinera de la casa: «La mujer que yo tenía por mi madre se llamaba Gonzala» (El Lazarillo y la picaresca están presentes hasta en el estilo...). O cuando afirma:

«Ahora que escribo y vuelvo a ver aquello con las imágenes de la mente, reconozco que pude haberlo pasado mucho más divertido de como yo me las hacía. Gracias al niño Hernando mi vida fue bastante más entretenida y salpimentada que la poca gracia que yo le echaba. Porque si algún sentido del humor adquirí lo haría pasando los años, ya bien entrado en la vejez».

D^a. Ana / D. Amberes: matrimonio con intereses divergentes. Doña Ana, es bella, culta, amante de las artes, dinamizadora de tertulias culturales en su casa; Don Amberes, dedicado al negocio del azúcar y del vino, mercader de diversos productos, desde obras de arte hasta tráfico de esclavos...

Liberto /Inés: relación espiritual, unidos por la sensibilidad humana y literaria, pero que luchan-sufren (ella es monja) por la imposibilidad de ver cumplidos sus amores pasionales, ante la posibilidad de que se convirtiera en una relación incestuosa.

D^a Ana /Liberto: dependencia de fidelidad, de ama - criado, una relación de amor cuasi filial, que llegan a vivir una pasión efímera.

Don Raúl /doña Graciela. Matrimonio convencional. Él es el hijo mayor que tiene que administrar el patrimonio familiar. Ella al final de su vida atraviesa un estado de locura.

Doña Úrsula y su vida conventual, con el deseo constante de huir... hecho que intenta poner en práctica de la mano de don Jerónimo Grimón, y que al ser descubiertos le cuesta al raptor la decapitación en la plaza pública.

Un personaje singular como el **Dr. Wu**, médico chino, maestro esotérico y de artes marciales, que instruye a la muchachada con su sabiduría oriental.

La Consuelo, mujer libertina, que se presta al juego celestinesco de los amoríos de Hernando.

Este friso de personajes, cada uno con sus singularidades y relaciones de dependencia entre sí, crecen en el proceso de la narración y crean la solidez de la obra, una especie de universo firme que se ha forjado al amparo del núcleo familiar burgués: copiosas comidas; varios sirvientes; cocinera que es una institución: «en la cocina se cuecen también los seres futuros» (pág. 66/67); caballos y ocio; amores; viajes a Europa y a la isla de Canaria, relaciones mercantiles. Sin embargo, como veremos, en un momento determinado comienza la decadencia

Es una novela de estructura lineal, con algunas licencias a la prolepsis o avance informativo de la anécdota que se contará en un momento posterior y a la analepsis, en sentido contrario. La obra se ofrece en capítulos titulados y cada capítulo es una ventana abierta a la novedad de uno o varios hechos. Acaso cada uno de ellos podría funcionar como autónomo, pero en conjunto se enlazan formando el entramado de la anécdota.

Como hemos dicho, la obra se cuenta en primera persona, con un estilo directo. He podido constatar, al menos a mí me lo parece, que ese vaciado que hace el narrador de su memoria está próximo a la oralidad, como si fuera consciente de que alguien está escuchando el cuento de su vida. Este hecho le da un valor de proximidad a la prosa. Sin embargo, no hay descuidos narrativos ni concesiones al costumbrismo ni lo popular. Apenas cuatro canarismos en 500 páginas, o un atinado fragmento de habla popular andaluza en boca de una sirvienta del convento, o Rosario, mujer canaria que en tres líneas expresa el habla vulgar de la dehesa lagunera.

La prosa de *La sombra y la tortuga* alcanza un ritmo literario propio, elegante, a lo largo de todas sus páginas, con un uso léxico innovador y creativo en la adjetivación, con expresiones oracionales que ofrecen moderados rasgos barrocos en tanto trascienden la comunicación habitual. No utilizo aquí el término barroco con sentido

peyorativo, ya que no es necesariamente el recargamiento de las formas, sino la creatividad plástica, según una de las características que destaca HelmuntHatzfeld sobre este movimiento artístico:

«El Barroco fue una cultura de la imagen, con una estética teatral, con ciertos toques naturalistas, pero que expresa dinamismo y vitalidad, y la utilización del lenguaje visual como un medio de comunicación, plasmado en una concepción dinámica de la naturaleza y el espacio envolvente».

En este sentido, el narrador describe muchos hechos con una expansión sintáctica en tríadas adjetivales, de las que he llegado a contar más de un centenar.

- El chocolate me sigue pareciendo como una bebida burbujeante que me hiciera cosquillas en la garganta dándome ganas de reír, imaginar mucho y soñar demasiado, (pág. 38).
- Para que me hallara a gusto, doña Almudena me trajo una jarra de leche, una botellita de mistela y un bizcocho de masa tierna con rellenos de azahar, durazno y granada.

Habría que reseñar el sentido didáctico que ofrece la descripción de los múltiples oficios, con el inventario de productos culinarios, recetas varias; herramientas de carpintería; tipos de embarcación; medicina popular; hierbas medicinales, vestuario teatral; el ajedrez de las enfermedades, etc. etc.

Entrando ya en la parte final de esta exposición, que cubre parcialmente el acercamiento a la obra, no quisiera dejar de destacar cómo en aquel siglo, entre el XVII y XVIII, una mujer como Inés, hija del matrimonio burgués, se rebela contra la sociedad sobre la manera en que se halla la condición femenina. Así, en la página 300, se recoge la siguiente confesión, que podría suscribir cualquier feminista en el momento actual:

«Yo llevo en mi interior una porfía permanente, y que no es otra cosa que la ira contra esta sociedad que ha construido al macho prepotente colocándolo junto al poder demoledor de las doctrinas de la iglesia, que nos condenan desde el mismo momento del nacimiento a obedecerles y a mantener la boca cerrada... Seré más libre en el convento que en la casa de cualquiera siendo la procreadora de sus diez o quince hijos como mínimo! Se nos considera objetos, seres inferiores, hasta tal punto que muchos aún dudan de si tenemos alma».

Por último y como una pincelada referida al rico estilo que emana de la pluma del autor, he de destacar que la plasticidad narrativa se logra no sólo con la adjetivación, sino con la imaginación y la ironía que subyace y se aplica a la descripción de los múltiples acontecimientos que viven los personajes.

En este sentido, como lectores de la novela, no descuiden la observación sobre el ambiente y los episodios que se viven en la cubierta de sendos barcos que hacen la travesía de ida y vuelta Canarias-Cuba. Aquí la cota narrativa alcanza lo sublime por los múltiples elementos sensoriales que emanan en su escritura. Tampoco olviden, y no me he detenido en ello, de atender las ricas comparaciones, el lirismo de ciertas frases, la prosa poética de los textos conventuales de Inés, y otros hallazgos que ustedes serán capaces, más que yo mismo, de escudriñar en estas páginas.

Asimismo, debemos de recordar que el autor es un hombre forjado en el mundo del teatro y de la escena cinematográfica. Y en esta novela no queda al margen esa cualidad de Alberto Omar. Por tal motivo, yo he querido ver (y no es imaginación propia) una disposición de los personajes en una escenografía circular. Este hecho, que no lo considero como un recurso literario dentro de la retórica tradicional, se manifiesta concretamente en lo que podríamos denominar cuadros o escenas, como pueden ser las siguientes:

- En las tertulias que se forman en la casona de doña Ana.
- En las reuniones vespertinas que se arman en las cubiertas de los barcos.
- En la descripción genealógica, endogámica, circular, de la familia Grimón.
- En el ambiente interior del convento de clausura que, aunque jerarquizado, es un mundo que se configura en unos límites cerrados, circulares.
- En la presencia y disposición de espectadores en el acto de ejecución de Jerónimo Grimón en la plaza pública.

En las múltiples tensiones narrativas que se plantean en el desarrollo de la acción hay una que marca el inicio de la decadencia y destrucción de un mundo que aparentemente es sólido. Es concretamente el homicidio de don Amberes en el viaje de regreso desde Cádiz a las Islas. La consecuente viudedad de doña Ana, que la lleva a ingresar en el convento; la enfermedad y muerte de Inés, recluida en el convento; la destrucción de la pajarera construida con ilusión por Liberto y que puede ser el símbolo de una identidad (los pájaros canarios...), la muerte de Genara, mujer de Terencio, que ingresa en un convento de legos; la muerte de Ramón el Cojo, un sirviente de la familia, y sobre todo, el incendio de la casona a manos de Graciela, mujer del hijo-hermano mayor, don Raúl, que se había vuelto loca.

Es pues este componente de destrucción, lo que da muestras de lo efímero del vivir, la tragedia del hombre en su existencia, que atraviesa la obra, en medio de un mundo que parece compacto. Esta percepción la tiene Liberto, el narrador, en los inicios de la obra cuando en uno de los merodeos por el paisaje inmediato a la casona se sienta en lo que parece una roca pero que no es más que la concha de una tortuga, que se

mueve, hecho que lo lleva al desconcierto. El mundo y la existencia, pues, no son sólidos. De la sociedad líquida actual ya mencionamos a Zigmunt Baumann.

Aquí queda, a grandes rasgos, nuestra perspectiva de lectura de *La sombra y la tortuga*. Decía al principio que su título era atractivo. ¿Pero cuál es su significado? ¿Qué simbolismos ofrecen estos dos términos que el autor coloca en la portada de esta espléndida producción narrativa?

- **La sombra** es la no luz, lo oscuro, lo negativo, lo inasible y dependiente de algo sólido que la proyecte. El psicólogo Jung denomina sombra a la personificación de la parte primitiva e instintiva del individuo. Aunque hay pueblos primitivos que consideran la sombra como un *alter ego*, un alma, idea que se refleja en la literatura de las culturas avanzadas. Dice Liberto en un momento de soledad (pág. 416):

«Necesito un ser para ser su sombra. Yo había sido siempre una sombra y no me hallaba en esos momentos de quién serlo. Por eso estaba inquieto».

Y cuando parte hacia Berbería en busca de Hernando, para cumplir un mandato de su madre, cuando se encuentran le dice: «soy tu sombra y por eso he venido a buscarte».

- **La tortuga**, por otra parte, es un animal lento, pero longevo. ¿No habrá una relación entre el narrador, Liberto, y la propia tortuga, animal que alcanza los cien años de vida? Yo he querido ver que es símbolo de la conciencia, de un alma o espíritu, tal y como se podría deducir de un fragmento referido en la página 417, cuando, hablando en alta voz, Liberto se dice a sí mismo:

«Opté por confesar todas las experiencias de mis últimos años de maltrecha vida a la paciente tortuga. La madre Naturaleza nos muestra siempre la humildad y generosidad de todo lo que existe, la verdadera dimensión de lo que nunca muere».

Como conclusiones de lectura, entre otras que se podrían aportar con más tiempo y rigor, y con el fin de alinear las múltiples sugerencias y aportaciones que se recogen en esta obra de ficción, podemos considerarla como un hito narrativo en la tradición de la literatura que se escribe en las islas. La cosmovisión que se recoge en esta obra trasciende lo local porque los iconos que en ella aparecen, si bien tienen una marcada presencia en las islas y en nuestra historia, ofrecen una proyección universal, en cualquiera de las culturas, porque están impregnados de vida y de existencia humana. Estos iconos, extractados de sus páginas, y que a modo de mimbres son los que ha escogido el autor para construir su obra, son:

- Cosmopolitismo.
- Mestizaje cultural.

- Mercantilismo.
- Estratificación social
- Religiosidad popular
- La jerarquización de las instituciones religiosas conventuales
- Moral colectiva
- Información socio etnográfica sobre múltiples oficios y campos productivos.
- El rol de la mujer en una sociedad cerrada
- La soledad existencial
- El amor pasión / Amor divino
- Lo efímero del existir.
- La muerte...

Y otros que tal vez, escarbando, escarbando también podamos desvelar. Por todo ello, quiero felicitar a Alberto Omar Walls con mi mejor sinceridad, ya que he tratado de ser objetivo y trascender lo que puede ser el compromiso de una vieja amistad. La creación recogida en estas páginas y su consecuente lectura propician que nuestro ámbito cultural se enriquezca y, con su disfrute, todos podamos sentirnos algo más felices. Al menos así lo he sentido yo. Muchas gracias.